THESIS

NUEVA REVISTA DE FILOSOFIA Y LETRAS

6

- JULIANA GONZALEZ
- MARLENE RALL
- IGNACIO GONZALEZ-POLO
- MARGARITA PEASE-CRUZ
- CESAREO MORALES
- ANNUNZIATA ROSSI
- EDUARDO NICOL
- ATSUKO TANABE
- JUAN TOVAR
- OSCAR ZORRILLA

Julio / 1980

THESIS

Nueva Revista de Filosofía y Letras.
Año II, Número 6
Julio / 1980

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector: **Dr. Guillermo Soberón Acevedo**
Secretario General Administrativo:
Ing. Gerardo Ferrando Bravo

Secretario General Académico:
Dr. Fernando Pérez Correa

THESIS. NUEVA REVISTA DE FILOSOFIA Y LETRAS

Publicación Trimestral de la Facultad de Filosofía y Letras

Director: **Abelardo Villegas**
Editor: **Benjamín Villanueva**
Consejo de Redacción: **José Pascual Buxó, Juliana González, Benjamín Villanueva**

Secretaria de Redacción: **Elsa Cross.**

Imprenta Madero, s. a.

Indice

La tradición presente:
EDUARDO NICOL:
El hombre y la duda 4

YUKIO MISHIMA:
Alas 13

CESAREO MORALES:
Platón, la línea y la dialéctica 19

JULIANA GONZALEZ:
Filosofía y sociedad 28

MALCOLM LOWRY:
Cinco poemas mexicanos 35

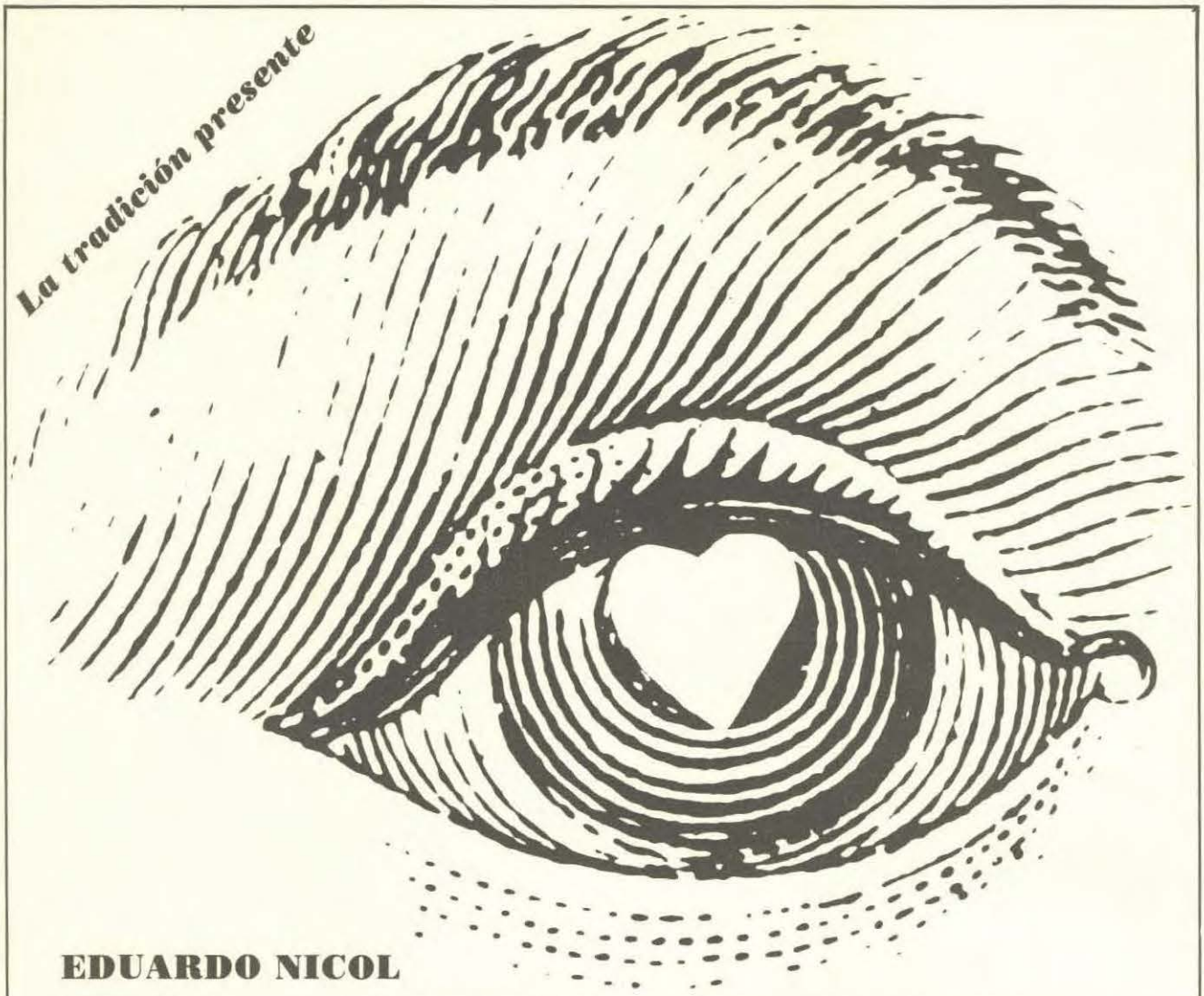
ANNUNZIATA ROSSI:
Sobre la picaresca italiana 41

IGNACIO GONZALEZ POLO:
Sobre genealogía 50

MARGARITA PEASE CRUZ:
Figuras a nivel semántico y textual 54

MARLENE RALL:
La gramática de dependencia 59

Notas y reseñas
Alberto Constante: ***El libro*** **de Juan García Ponce 66**
Amparo Gaos: ***Sobre la naturaleza de los dioses*** **de Cicerón 68**
María Andueza: ***Introducción a la poética de Roman Jakobson*** **de José Pascual Buxó 71**



EDUARDO NICOL

EL HOMBRE Y LA DUDA*

I

Se me pidió que discurriera sobre "el hombre y la duda". Confío en que podamos entendernos. Todos dudamos: ricos y pobres, ignorantes y sabios, arrogantes y sumisos. Pero una cosa es dudar, otra es saber qué es la duda, y por qué dudamos todos. El poeta hace poesía; preguntar qué es poesía no es una cuestión poética, sino prosaica: es una pregunta filosófica. Dudar es de humanos; interrogarse a sí mismo sobre la duda es también de humanos, pero de esta forma peculiar de ser hombre que consiste en filosofar. La filosofía, pues, está al alcance de todos. Sólo es necesario preguntar.

* Texto de una conferencia pronunciada por el autor en la Universidad Nacional Autónoma de México (7 de mayo de 1969), como lección inaugural de un ciclo sobre *La problemática del hombre.*

Preguntemos, pues: ¿en qué consiste dudar? ¿por qué dudamos? La perplejidad en que nos deja la pregunta ¿no es ya una pariente próxima de la duda misma? ¡Dudamos de tantas cosas, y en tal variedad de ocasiones! Lo que advertimos pronto es que la duda es una situación en la que no deseamos permanecer. Todos queremos "salir de dudas". Pues bien: tengo que deciros que si lográsemos salir de dudas, definitiva y completamente, estaríamos perdidos, paralizados. Habríamos perdido la muerte, que es la única razón por la cual nos movemos, la única estrella fija de nuestra ruta vital. Quienes pretenden hoy privarnos de la duda, no diré que estén perdidos del todo, pues no suprimen la muerte, pero sí que han perdido el camino. Veámoslo.

II

Gozamos de muy pocas certidumbres en nuestra existencia, y de algunas quisiéramos desprendernos. La más firme de ellas, a la que nadie escapa, es la certidumbre de la muerte. Ella es la progenitora de todas las incertidumbres. Porque hemos de morir, dudamos de nosotros mismos; porque dudamos, actuamos.

Esta certidumbre de la incertidumbre, esta seguridad que tenemos de no estar nunca seguros, ha sido algunas veces materia de sabiduría; otras veces nos arroja a la desesperación. La sabiduría (quiero decir la sapiencia, no la ciencia) siempre contiene un ápice de desengaño y de resignación, porque consiste en reconocer los imposibles. La desesperación es la incompatibilidad del hombre consigo mismo: expresa su incapacidad de aceptarse a sí mismo, por no renunciar a los imposibles.

La conciencia de los imposibles nos da una cierta seguridad; es una certidumbre negativa, pero sedante, temperada. Templanza y fortaleza van juntas: todos los sabios lo han reconocido. Y hay que ser fuerte para existir, porque el descuido de los imposibles no elimina el cuidado. Hay que andarse con cuidado, y esto es lo que no saber hacer el desesperado. *Beatus ille* —exclamaba Horacio— *qui procul negotiis...* Pero ¿quién puede alejarse del cuidado, sin alejarse de sí mismo? El desesperado es un evadido: se aleja de sí mismo porque no encuentra tibieza en su interior.

La buena temperatura interior, o sea, la templanza nos la muestra también Horacio en la *Oda* a su amigo Delio: *moriture Delli*, has de morir, Delio. Por tanto, recuerda, cuando el camino es arduo, que debes *servare mentem*, que no has de perder la cabeza. Y si las cosas marchan bien, muestra una alegría temperada: *temperatam laetitia*. Porque *moriture Delli*.

Esto es lo mismo que invitar a los hombres a que contemplen las estrellas, consejo bueno que nos da Pascal.. Porque las estrellas forman el horizonte superior de nuestra existencia, con un más allá al que no se puede dar vuelta, para encontrarse de nuevo, como en la tierra, en el punto de partida. El hombre siempre quiere ir más allá porque se propone metas definidas; pero el infinito del ámbito estelar le marchita las ambiciones y le recuerda la muerte. Las estrellas estaban ahí, las indudables, antes de que naciésemos, y ahí estarán todavía, cuando nos marchemos: lejanas, indiferentes, inafectadas por nuestro ir y venir. Si tienes desengaños, mira las estrellas. Teniéndolas bien presentes, es imposible dar excesiva importancia a los afanes humanos. El sentido de la desproporción es lo que nos hace proporcionados; que quiere decir, mesurados o templados.

En las capas altas de la atmósfera, y más allá, parece que las estrellas no parpadean. Si el astronauta fuera un sabio, un sabio a la manera antigua, después de esta visión no querría volver a subir. Porque es manifiesto que a las estrellas no ha de agradarles esa osadía del hombre que quiere dejar la tierra atrás. Y la lección de humildad que nos dan ellas no está desprovista de humor. Sí, sí: eres muy poquita cosa, nos dicen, pero no te desalientes. Aférrate a la tierra, que es tuya porque irás a dar en ella. *Moriture Delli*. El sabio no quiere tocar las estrellas con la mano: le basta con que le guiñen el ojo. El sabio es desinteresado. Por esto quedan pocos.

Dicen que la templanza es triste, es virtud de desengañados: virtud paralítica. Depende. ¿Hay cosa más triste que la uniforme brutalidad, que la rapacidad desaforada? ¿Llegaremos a la audacia de afirmar que es triste la paz? Porque la templanza es pacífica. En la Guerra (la que yo, a pesar de las sucesoras que tuvo, sigo llamando *la* guerra: la de 1914) los soldados no se batían con ánimo guerrero. No es que ansiaran la paz por exceso de sufrimiento, ni porque vieran a trasluz los motivos ruines de la propaganda bélica, ni por fatiga de la inútil crueldad. La idea les venía de arriba; porque esos soldados tenían que hacer la guerra sumidos en unas trincheras, y privados por ellas de otro horizonte que no fuera el de arriba. Tenían que levantar la cabeza, si querían ver algo que no fuera esa imagen de sí mismos, que era la tierra atormentada por el fuego. Mirando las estrellas, en las noches de calma, encontraban en ellas una liberación. Ser libre es "levantar cabeza". Pero, si el hombre es libre, es consciente de su propia insignificancia. La libertad es costosa: hay que entregarle la vanidad.

La poesía, más que la filosofía, ha sabido asociar el humor con la muerte. Y con el vino, cuya sapiencia, entre los filósofos, solo cultivó (verbalmente) Platón. La poesía trató de rescatar las pequeñas cosas buenas que dan aliciente y sabor a las pequeñas existencias humanas. Decía Ronsard:

Ne vois tu que le jour se passe?
Je ne vy point au lendemain.
Page, reverse dans ma tasse,
Et maudit soit que languit en vain.

De suerte que esa pizca de tristeza que pudiera haber en el guiño de las estrellas, y en toda forma de salir de engaños, se desvanece o se mitiga con la fragancia de los buenos caldos. Porque el vino no da la sapiencia, pero la sazona. El culto del antihéroe no se inventó el año pasado, ni hace dos siglos, o tres.

Como los ambiciosos, los codiciosos y los arrogantes, los sedientos de poder y todos los patrioteros, asimilan el

heroísmo al mérito belicoso, es inevitable que los poetas, que tienen buena voz, y hasta los filósofos, más quedamente, hablen alguna vez en defensa del antihéroe, del hombre de la calle o del campo, que vive, trabaja y muere sin querer abrir surcos en la historia. También él es héroe, si logra llevar a cuestas sus dudas sin belicosidad. Merece el tributo de que lo dejemos morir en paz, y respetemos su descanso, sin monumentos nacionales.

La cosa viene de lejos. La exaltación del antihéroe empezó hace veintisiete siglos, bajo el signo de la duda. Fue un suceso memorable. Me refiero al nacimiento de la poesía lírica. Nos dicen los manuales que la lírica viene después de la épica. ¿Por que viene *después*? Sólo puede venir después porque es una reacción contra el tono mayor, contra la escenografía y la trompetería de la épica.

Arquíloco es nuestro modelo. Que yo recuerde, es el primero, en una larga lista de poetas (y filósofos) que han tenido que empuñar armas, y lo hicieron a contragusto. Pero las armas verbales de Arquíloco contra la épica son, típicamente, las antiheroicas: el estilo o género elegíaco, que favorece la evocación nostálgica de la bondad tranquila; la apología del vino; y, en fin, el humor irónico, que es descubrimiento de la poesía lírica: arma tremenda, de buen temple, que deshacía los bronces. Miren si no: "Nadie obtiene —decía Arquíloco— honor y gloria de sus contemporáneos cuando está muerto". Y es cierto que los honores póstumos se los dedican siempre los vivos a sí mismos: los muertos son pretexto. "Los muertos, sigue diciendo el poeta, siempre llevan la peor parte".

(Pero he de hacer notar que Arquíloco murió en combate. Los dioses de la guerra castigaron su ironía, dándole una muerte heroica, o sea, antilírica.)

En todo caso, nació la lírica como expresión de una duda existencial. ¿Era, el ideal de la vida heroica, el indicado para modelar al hombre? Esta misma duda reveló una nueva dimensión en el hombre: eso que llamamos la interioridad. Cambio de escena. De suerte que la duda produjo un beneficio: el hombre se conoció mejor a sí mismo cuando empezó a dudar. Y notémoslo bien: empezó a dudar, dudando de su existencia, con la sonrisa en los labios, sin melodrama existencialista.

III

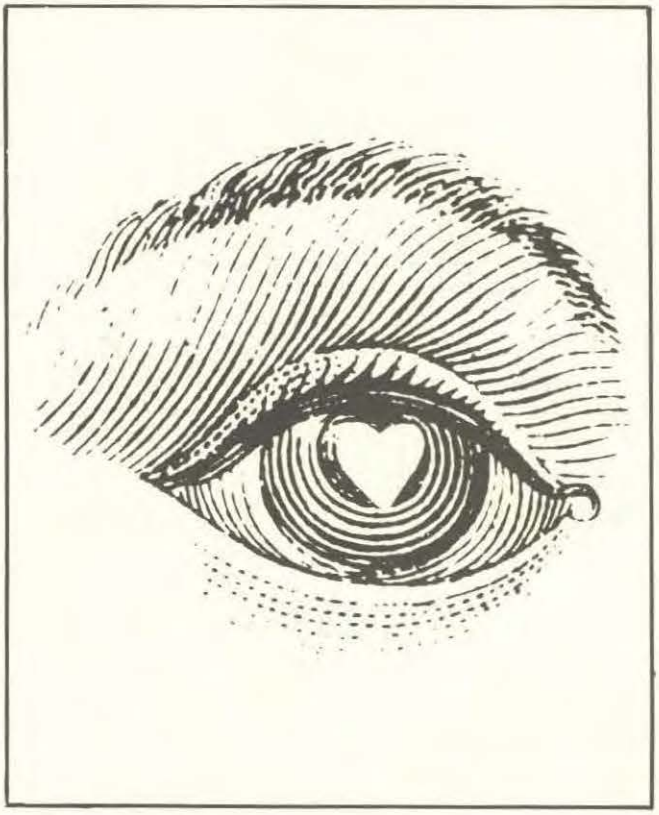
Entonces ¿qué es, en rigor, la duda: algo bueno o algo malo? Esta es la paradoja, que dudamos incluso respecto de la duda misma. ¿Quién nos sacará de dudas? Escuchemos a Calderón, el gran Segismundo de la poesía:

"¿Adónde estará segura
mi vida por donde voy
si cada paso que doy
es sobre mi sepultura?"

La muerte, causante de todas las dudas, es la que nos saca de dudas. Pero esto no tiene gracia; porque la muerte nos saca de la vida, no la resuelve. Queremos salir de dudas aquí, ahora. Tal vez debiéramos interrogar a un filósofo dubitativo. Pero todos lo son, aunque a veces recatan sus dudas en lo categórico de sus pronunciamientos. Desde luego no acudiremos, como ustedes anticipan, a Descartes. Porque su duda es metódica, que quiere decir facticia. Cuando Descartes inicia el proceso de la duda metódica, en el fondo está muy seguro de encontrar, al final, el residuo de una verdad absoluta: dudo, luego existo. O sea, que entre la duda y la certidumbre no hay más que una coma.

Si volvemos a Calderón, éste nos dice que "el delito mayor del hombre es haber nacido". Estamos en lo mismo: este delito se paga con pena de muerte, con la muerte que es

...mesonera del llanto,
huéspeda de los reinos del espanto,



reloj de los momentos,
precisa acotación de los alientos."

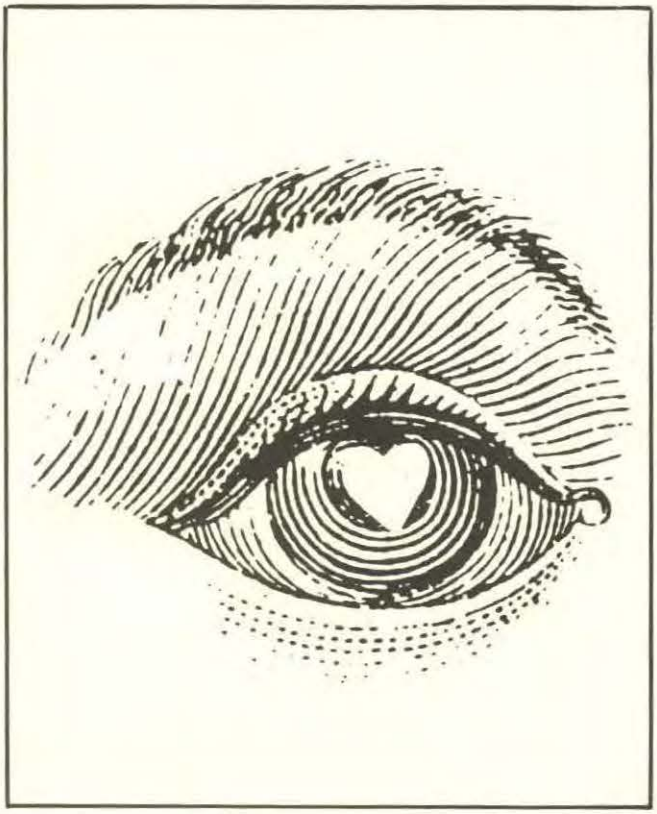
Pero ¿no basta ella para castigarnos? ¿Tenemos todavía que sufrir, entre el pecado de nacer y la pena de morir, de ese morbo inquietante, que nos obliga a *existir sin saber cómo hacerlo*? Esto ya es demasiado:

..Pues para sola
una vida que tenemos,
cuanto en ella está de más
está en el juicio de menos".

Juzgamos que lo que está "de más" es la duda. Pero no basta, para librarnos de ella, que nos congraciemos

con el destino, arrojándole pedazos de nuestra vida, como a una fiera que nos persiguiese. Esto es lo que hace el estoico. No basta decir a conciencia, como Calderón dice, en una especie de "poema de las renuncias":

"...majestades y pompas,
cargos, oficios, trofeos,
dignidades, señoríos,
honras, estados, aumentos,
no son más que una ilusión,
un engaño, un devaneo,
vanidad de vanidades,
que el momento de un momento
nos los convierte en cenizas,
humo, polvo, sombra y viento."



Lo cual es cierto, aunque la manera de decirlo desmienta un poco su austeridad, por la opulencia barroca. Pero no nos saca de dudas y cuesta mucho sacrificio; pues, si algo hay de indudable en las vanidades, es que son gratas. El agobio de la duda puede ser revulsivo. Ya que no podemos salir de dudas, ¿no será más saludable considerarlas engorrosas y nocivas?

Pero yo tengo una duda, de la cual espero contagiaros. Todos procuramos siempre resolver las dudas, una por una; pero no solemos plantearnos la cuestión de qué hacer con la duda, en general, y esto significa qué hacer *de* la existencia, no *en* la existencia. Se existe de diversas maneras; acaso preguntar sobre la duda sea una de ellas, y no del todo mala.

La duda es conciencia. Pero no conciencia primaria, sino conciencia reversa, introspectiva, de segundo grado. Es manifiesto que sin conciencia no podemos encontrarnos en estado de sospecha, indecisión, incredulidad, vacilación, incertidumbre, perplejidad, escrúpulo, incomprensión o reparo. Pero nuestra conciencia tiene por objeto, en estos casos, aquello de que dudamos, no la duda misma, ni nosotros mismos, como dubitativos. De un lado tenemos la necesidad, que nos es constitutiva, de decidir, de resolver a cada paso nuestras indecisiones, Por el otro lado, podemos descubrir que ninguna resolución dejará nuestra existencia resuelta.

El que duda de esto o de aquello, pero no reflexiona sobre la duda, es ignorante de sí mismo: es inconsciente de que la duda no depende de esto o aquello, sino que la lleva dentro, entrañada en su propio ser, y que ninguna decisión que tome logrará desarraigarla. Esta potenciación de la duda es un saber, o sea, lo contrario de la duda. Está más seguro quien conoce su propia inseguridad.

Esta paradoja sigue siendo tan chocante hoy como en tiempo de Sócrates. ¿Significa esto que el conocimiento mismo afirma la inseguridad? Entonces nos han estado engañando, en todos los centros de enseñanza. Tal vez sí: depende de quien nos haya enseñado. Si nos hicieron creer que las Universidades son como una especie de "centros de seguridad existencial", nos engañaron. No han de ser esto, y fracasan cuando se lo proponen, como puede verse. ¿De qué servirá aprender qué es esto, o qué es aquello, si a la vez no aprendemos "que nada se sabe", como decía nuestro Francisco Sánchez?

Ese Sánchez era muy extremoso. Algo se puede saber, pero hay que empezar, y acabar, por uno mismo: todo lo demás es intermedio, mediano, mediocre. Desconfiemos de quienes andan muy seguros de sí mismos. Son peligrosos: tienen poder, y no se conocen a sí mismos. *Moriture Delli.*

Es la inseguridad interior la que cuenta: la que no resuelve las dudas de afuera, una por una, pero las deja a todas en su lugar. La certidumbre de que he de morir, y la pregunta que nace de ella: *¿para* qué vivo, con qué *fin* hago lo que hago? La duda auténtica es cuestión de fines, no es mediocre cuestión de medios.

Ya los griegos establecieron sobre esto una verdadera caracterología. Los seguros son los prácticos, los pragmáticos, los que van al grano, los que plantean problemas de fácil resolución. Platón nos dice que son de tres clases: Los *philochrématoi*, o amantes de la riqueza; los *phílarchoi*, o amantes del poder, y los *philótimoi*, o amantes de los honores. Los otros ¿quiénes serán? Son los *philósophoi*, los amantes de la sapiencia. Pero Platón no piensa aquí en el gremio profesional de los filósofos, ni en los sabihondos. Amantes de la sabiduría son quienes no la poseen. O si quieren ustedes: son sabios quienes conocen su duda, su ignorancia. Filósofo es el que busca, el que no tiene. Filosofar es preguntar. El filósofo es vocacionalmente dubitativo: no es dogmático, ni proselitista. No dice: aprende lo que yo sé, dice: aprende el arte de dudar, que es la primera ciencia.

Claro que esto da también una cierta seguridad. Desde luego, apacigua el arrebato de las ambiciones; pero

además disminuye el peligro del error. Porque el que duda no yerra, sólo busca. Yerran, sobre todo, los afirmativos. Por esto la filosofía está reñida con la arrogancia, que es ceguera y desamor. El arrogante no sólo yerra sobre las cosas de afuera, diga lo que diga; yerra sobre sí mismo, y ni siquiera lo sabe.

Lo veréis hoy en día, por todas partes, al pobre infeliz. Firme en sí mismo; desdeñoso del pasado y seguro del futuro; acomodado en su deshumanizada superioridad; ostentoso de sus medios, de su máquina, de su ciencia, de su dinero, de sus números y símbolos esotéricos, de su poder de acción. Todo lo tiene dominado, o lo va a dominar ahora mismo, esperen un momento. Todo, menos a sí mismo. Este es el nuevo hombre. Nuevo sin originalidad, pues ya fue reconocido y clasificado. Lo nuevo es que haya adquirido señorío sobre el futuro. Este es el ser que ha de suprimir las alternativas, que son la sustancia de la duda; el antidialéctico, para quien todo ha de estar decidido de antemano unívocamente, con certidumbre inexorable, mecánicamente, con uniformidad y sin poesía.

¿Qué destino le aguarda al hombre seguro? Quiero confiar en que sea el destino de Fausto. Porque Fausto es el hombre, y si el seguro gana la partida, es el hombre el que saldrá derrotado: se acabará *realmente* eso que hemos llamado hombre desde que hay poesía y filosofía.

IV

Ya sabéis lo que le pasó a Fausto. Era un hombre al que sólo le faltaba, para ser sabio, dudar de su propia sabiduría. Y esto fue lo que ocurrió. Se encontró hacia el fin de la vida con las manos vacías, cuando había pretendido tener el mundo en las manos. Descubrió que la ciencia es pretensión, cuando va sola. Entonces fue sabio de verdad. Pero era tarde.

Cuando Fausto se puso lírico, es decir, elegíaco, sintió la privación de todas aquellas bondades de la existencia a las que había renunciado por su ambición de saber (y también, por qué no decirlo, por su ambición de poder). Lo que no requiere ciencia: la juventud, el amor, la poesía. No nos importa ahora iniciar averiguaciones sobre los manejos que le permitieron recuperar lo perdido, y completar su ser con lo que no había sido. Observemos nada más que, después de haberse engañado a sí mismo, fue engañado por el tentador. Pues tampoco logró entonces, al transformarse en un hermoso mancebo, completar su ser menguado, ni cobrar una seguridad mayor. Al recuperar la juventud, tuvo que renunciar a la ciencia. De lo cual parece inferirse que, ni con turbios manejos, logra nadie ser completo, y la parte que no somos nos hace dudar de lo que fuimos. Si eres esto, no eres lo otro. O esto o lo otro. Cada decisión implica una renuncia.

Por esto la seguridad es ficticia y la arrogancia dislate. Diría que esta es una forma de demencia correspondiente a lo que, en el polo opuesto, llaman los psiquíatras italianos *follia del dubbio*: un síndrome que se revela en la dificultad, o imposibilidad, de salir nunca de dudas, de decidirse a formular proposiciones categóricas, a actuar, a elegir, a resolver los escrúpulos. El que sufre esta neurosis permanece paralizado ante las alternativas. "O esto o aquello" se convierte para él en "ni esto ni aquello".

En cambio, el enfermo de seguridad, llamado a veces fanático, es quien se oculta a sí mismo las alternativas. Su camino no tiene pausas ni desviaciones: es el único posible, que es como decir que no es posible, porque la posibilidad implica la dualidad. El siempre es categórico y unívoco. Hasta que cae en la duda. Pero es una caída honda. Sin embargo, la dura contusión existencial que sufre es su verdadera salvación. Aprende que no puede recuperar lo que pudo ser y no fue, y esto lo hace más humano: sabe por fin que no es todo lo que pudo ser. Lo imposible quedó descartado; lo importante es reconocer que sólo somos una parte de nuestra *propia* posibilidad. ¿Que esto da tristeza? En modo alguno. Sin la duda no hay libertad.

Por esto también, incidentalmente, es más difícil curar al enfermo de la duda; porque su enfermedad no es más que la agravación de un estado natural. Los motivos de dudar están ahí, para él como para todo el que está sano. Quiero decir: ahí fuera, lo mismo que ahí dentro, en el ser de cada cual. El síndrome de la seguridad, en cambio, es contrario a la naturaleza: a la naturaleza de las cosas, y a la condición humana. Por su misma enormidad, la naturaleza misma se encarga de disolverlo.

¿De qué se trata en la vida? De salir de dudas. Pues no. No podemos salir de dudas sin salir de nosotros mismos, y esto es la enajenación. Hay que *entrar* en la duda, que hacer frente a la duda, que enfrentarse a sí mismo. El acto de heroísmo superior en la existencia consiste en mirarse al espejo. La sabiduría es valerosa: no vayan a creer lo contrario, mirando el desparpajo autoritario de los seguros. Y esto vale tanto como decir que la libertad se paga cara. La vida se paga con la vida. Lo que somos lo pagamos con lo que no podemos ser.

Concedamos, pues, que una cierta nostalgia, aunque sin tristeza, con lirismo elegíaco, y hasta con ironía, es inherente a la sabiduría de la libertad. Es necesaria, incluso, pues sin ella damos en la envidia. ¿Qué es la envidia, sino la amargura de ver en el otro lo que pudimos ser y no fuimos? La envidia es la corrupción de la libertad. El hombre libre no sólo decide ser que es, sino que acepta no ser lo que no es. Tiene la sabiduría de la renuncia. La clave existencial es la renuncia.

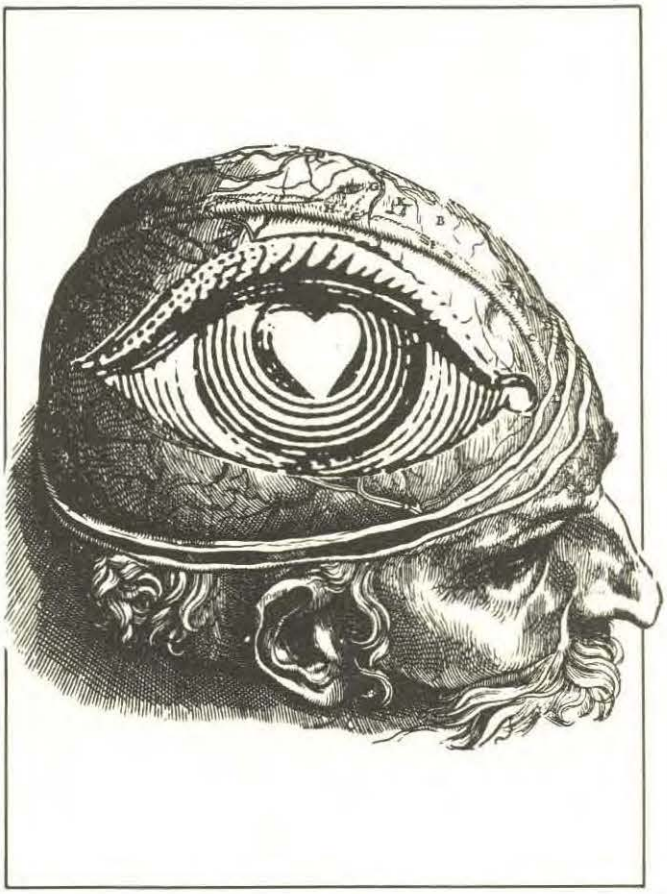
Insistamos en esto, porque no es cosa liviana. Si no hay alternativas no hay dudas. Esto está claro. Y si no hay dudas no hay libertad. Pues ¿cómo vamos a decidir libremente, si no hay más que un camino, el indudable? Ahora: como sólo podemos tomar *un* camino, el *otro* queda al margen, como la posibilidad desdeñada: como la renuncia impuesta por la misma decisión libre. Esto es lo fáustico.

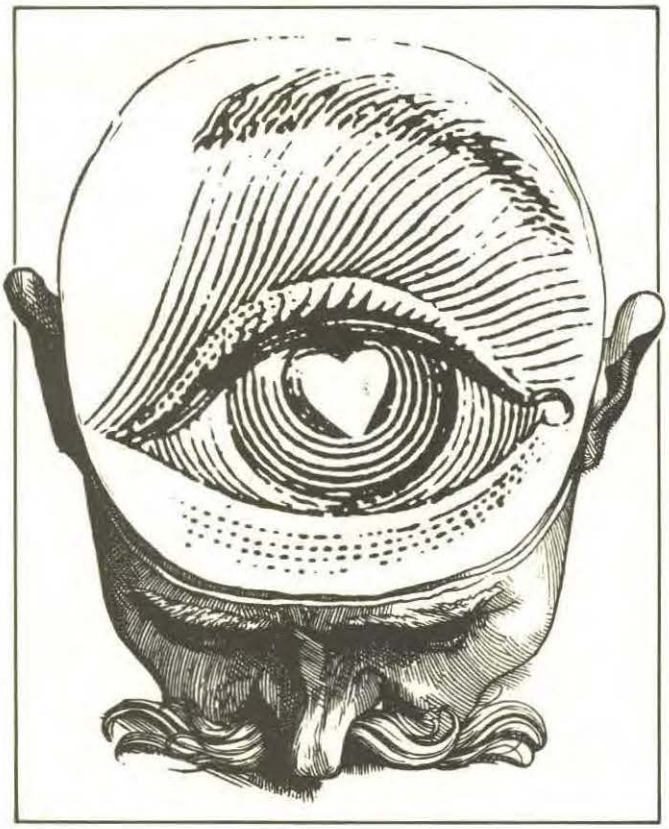
Actuamos para completarnos. En la duda, tomamos una decisión porque sentimos que, con ella, nos hacemos más cabales. Así decimos que el hombre decidido, el que sabe lo que hace, "está en sus cabales". Pero esto no es tan simple. La acción que desarrollamos nos completa y nos mengua a la vez: quedamos privados por ella de todos los caminos de acción, de todas las formas de ser que hubiésemos podido elegir, porque eran posibles antes de

la decisión. Tomar una decisión es aceptar un compromiso, y despedirse de unos posibles.

Yo soy esto: soy lo que he hecho, lo que me he hecho. El reverso de esta imagen de nosotros mismos que presentamos al mundo lleva inscrito todo lo que no hemos hecho: yo soy lo que no he sido. Y claro, por muy bien acuñada que esté la imagen de nuestro carácter, su reverso no deja de inquietarnos, que al fin somos Faustos: lo que hice, lo que soy ¿era lo mejor que podía hacer y ser?

Hay, por tanto, la duda previa, la que es condición de toda decisión que podamos tomar: ¿haré esto, o haré lo otro? Luego viene la duda segunda, posterior a la decisión tomada. Porque las decisiones no suprimen las alternativas; sólo las echan al mundo imposible que es el pasado. Por esto, cualquiera de nosotros, y no sólo Fausto (que nos representa a todos), quisiera arrebatar al pasado las posibilidades desdeñadas que desde ahí nos inquietan, y llenar con ellas el futuro. ¿Quién no ha querido revivir el pasado? ¡Si pudiera vivir de nuevo! Quien esto exclama está tentando a Mefistófeles. Esto de tentar al diablo es cambiar los papeles, y tiene que acabar mal. Porque el pasado no se puede revivir. Ni lo deseamos, en verdad. Revivirlo sería repetirlo, y lo que anhelamos es tener otro futuro, uno que no esté encauzado por lo ya vivido. En suma: lo que queremos es otro ser distinto del que nos hicimos nosotros mismos. Lo cual puede parecer insensato, y lo es, para quien no entiende que la *hybris* también es humana. El antídoto se da en la poesía, o en la filosofía, que son formas de entender hasta lo que es "demasiado humano".





Importa, pues, darse cuenta de que la insatisfacción, la nostalgia de lo que no fuimos, acompañan siempre al éxito: no son nada más que experiencias de fracasados. Y digo que importa porque, si no lo conseguimos, no comprenderemos nunca en qué consiste ser libre. Podríamos pensar que esto depende de la longitud del *curriculum vitae*, o de la acumulación de esos enemigos de la vocación filosófica, que eran para Spinoza "honores, riquezas y placeres". No es libre todo el que quiere: mejor dicho, hay que *querer*, conscientemente. Aquí no se puede decir que estorben los filósofos, aunque parece, y es cierto, que no sirven para nada. No prestan utilidad ninguna; pero son, o han de ser, maestros de libertad.

La libertad de hacer una cosa u otra no nos hace completos. Es el saber esto lo que nos completa: saber que somos menguados, hagamos lo que hagamos, nos hace menos menguados. De suerte que la libertad de hombres cabales entraña un saber del ser, y esto es filosofía. La filosofía es una de las vocaciones del ser libre. Por supuesto, la aceptación de la alternativa y la renuncia la promueve un saber que no tiene ningún valor práctico; pues, justamente, supera el nivel de las necesidades. ¿Qué se gana con ser libre, mediante el saber de sí mismo? No pocos han dicho que esto es arriesgado, además de difícil, y que es mejor pactar, renunciando de una vez a todas las renuncias, a cambio de la tranquilidad. Pero aquí lo que está en juego no es el valor de las cosas, ni los episodios de cada existencia. No los medios de vida, sino los fines.

V

Por esto muchos se preguntan ahora si llegará un día en que los maquinistas, los poseedores de medios, logren anular a los humanistas, los procuradores de fines.

Pero aclárese bien que los maquinistas no son los que inventan y los que manejan máquinas, que estas son útiles y necesarias. Son quienes creen que las máquinas nos sacarán de dudas. Tampoco puede plantearse la cuestión como una pugna gremial entre dos bandos, o dos ideologías: entre quienes pretenden sacarnos de dudas y quienes, por amor de la libertad, quieren que entremos en duda. Esta pugna no es más que el aspecto trivial y externo del problema. De antemano, podemos estar seguros de esto: que cuando se puede pugnar por algo, este algo no es problema, en un sentido radical. Pues la sola posibilidad del triunfo salva a la persona que lucha, aunque haya de perder. Se puede ser héroe en la derrota, cuando el vencedor es persona.

¿Qué ocurre cuando el adversario es impersonal? Es problema para la existencia aquella amenaza contra la cual es inútil luchar. Lo trágico, en nuestra situación histórica, es que la libertad de hacerse cada uno a sí mismo, y la de deshacerse, se van perdiendo, sin que podamos culpar a nadie de esta privación. Los maquinistas no saben que lo peor que puede ocurrirles a ellos, como hombres, es que las cosas resulten como prevén y desean. Ni siquiera atendiendo al aviso pudieran detener el proceso de la uniformidad y la mecanización de la existencia. Está acerándose el momento en que esto dejará de ser objeto de un juicio de valor. Estos juicios no operan ante las necesidades, y el aumento creciente de las poblaciones va convirtiendo la mecanización en una necesidad "biológica": algo indispensable para subsistir. En todo caso, este es el tema de nuestro tiempo: el porvenir de la libertad de ser, de ser cada uno sí mismo, y por tanto distinto, por elección y obra propia. Ser o no ser: este el problema de los fines.

Pero no como nos lo presenta Hamlet. Este dubitativo se enfrenta, en su soliloquio, a unas alternativas cuyos términos son hacer esto o lo otro, vivir o morir. Estas alternativas pudieron parecerle entonces al poeta suficientemente radicales o finales; para nosostros no lo son, en tanto que justamente se abren a una decisión libre.

"...Wheter it is nobler in the mind to suffer
The slings and arrows of outrageous fortune,
Or to take arms against a sea of troubles,
And, by opposing, end them..."

Por trágico que esto sea, aquí se trata sólo de decidir qué es lo que es más noble. La nobleza, pues, es todavía una posibilidad. Esto, por un lado; por el otro, la muerte:

"...To die; to sleep;
No more; and, by a sleep, to say we end
The heart-ache and the thousand natural shocks
That flesh is heir to, 'tis a consumation
Devoutly to be wished..."

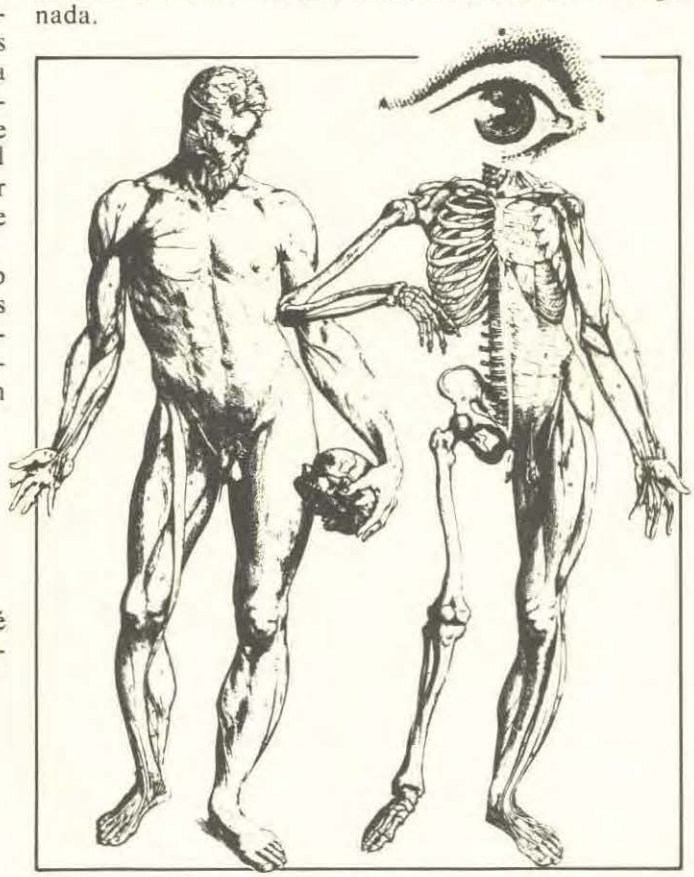
Nunca fue propuesta con mayor relieve dramático la alternativa de la muerte, la cual se acerca a la libertad, si es por lo menos una liberación. Pero ni siquiera ella resuelve para Hamlet la alternativa final, pues queda todavía una duda, para después de la muerte:

"...The dread of something after death,
The undiscovered country from whose bourn
No traveller returns, buzzles the will,
And makes us rather bear those ills we have
Than fly to others we know not of.
Thus conscience does make cowards of us all."

La conciencia nos hace cobardes porque está perpleja: ¿vivir o morir? pero yo os digo que el problema no es éste.

El problema es, realmente, el de ser o no ser: *to be or not to be;* lo cual no significa existir o dejar de existir. Pues, mi querido, atormentado, ingenuo príncipe Hamlet: la muerte no es una alternativa. Todos hemos de morir. La alternativa es ser o dejar de ser *en vida.* Por esto es falso que la conciencia nos haga cobardes. La conciencia nos libera y fortalece; mientras tengamos presente la posiblidad de quedar deshumanizados, esta posibilidad se aleja para nosotros.

Ahora, si es cierto que *we are arrant knaves, all,* que somos todos unos bribones redomados, entonces no digo nada.

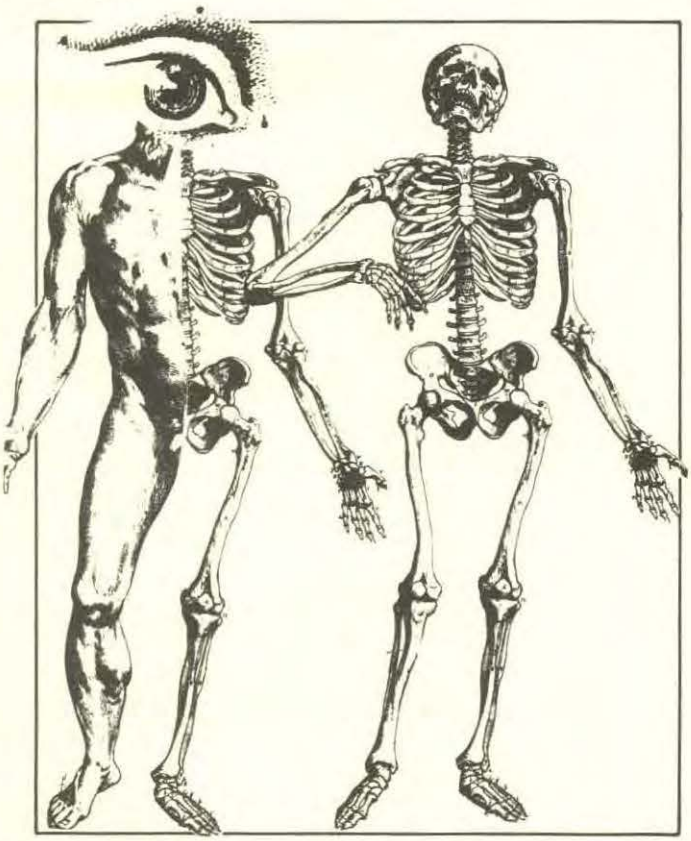


VI

La verdad es que somos bribones y no somos, que vamos de un extremo a otro, como un péndulo. Lo malo es que los extremos se disocien; pero esto ya sabéis cómo se llama. La ciencia del péndulo es la sabiduría existencial. No os extrañe: en nuestra santa inocencia, creemos los mortales que la firmeza del ser consiste en la dureza y en la inflexibilidad. Es cierto que la autenticidad humana no se nos da al nacer, como un regalo o una carga. Lo que hemos de llamar autenticidad (ser uno mismo, ser fiel a sí mismo), tiene que hacérsela cada cual, a trancas y a barrancas. Es en el seno de la interioridad donde se ha de resolver la radical cuestión de ser o no ser. Cuestión renovada a cada paso, y para la cual no sirve la "línea dura".

Supongo (yo no entiendo de esas cosas) que se trata de una línea recta, que divide el vacío en dos partes. Pero la línea de la existencia, incluso de la buena existencia, parece errática porque aparece llena de ramificaciones por ambos lados: los aciertos y los errores, las posibilidades aceptadas y las desdeñadas. Esto es lo divertido; porque si algún poder humano, o la fuerza ciega de las cosas, nos deja sin otro camino que el de la línea recta, esta rectitud forzada nos aburre: nos deja sin la alternativa del error, que también es prerrogativa de la libertad. ¿Cómo podremos ser buenos, si no podemos ser malos? Lo divertido es que no esté todo resuelto.

Voy a invocar otra vez la ayuda de Calderón. Este nos dice que:



"...Si no ardes mueres, pues tu lumbre cesa;
Si ardes también, pues fuerza es te consumas."

Esta es una manera elegante de aludir a lo que los filósofos llaman dialéctica existencial. Los contrarios son compatibles. Arder o *no* arder; esta no es la sapiencia; pues, como quiera que sea, ardemos y no ardemos (si no somos tibios; pero de éstos nadie ha querido ocuparse nunca). No: la sapiencia consiste en reconocer que el hombre, sin dejar de ser lo que es, cada uno en sí mismo, alberga la contradicción, siquiera en potencia, y no la rigidez unívoca. Por esto duda.

El verbo castellano dudar proviene del latín *dubitare*, en el cual está expresa la noción de dualidad. *Dubitare* es *duhibitare*, o sea *duohibitare*: un tener o mantener dual. Situación de ambigüedad. Por esto el adjetivo *dubiosus*, o dudoso, se aplica al que se mueve en dos direcciones alternativamente. Cada uno de nosotros es *homo dubiosus*. Si queda inmóvil en el centro, paralizado por la fuerza equivalente de los dos extremos, que se cancelan mutuamente, entonces es que se le paró la máquina de la propia iniciativa: es la *follia del dubbio*. Por el contrario, si no está paralizado, entonces es ambiguo; la ambigüedad es la condición pendular de la existencia.

Ambigere en latín es discurrir (sin correr): es deambular de un lado a otro. El que corre en línea recta, inflexiblemente, éste no discurre, no es ambiguo: carece de dualidad, y sin dualidad no hay auténtica humanidad. La literalidad rectilínea y tajante, como el filo de una guillotina, degüella todas las sutilezas. Hay que convencerse; el hombre ha de ser recto, pero no puede ser rectilíneo. Pues ¿qué es el hombre? No acabamos nunca de contestar esta pregunta, y a veces la alegoría sirve mejor que la definición. En una que es famosa, Calderón sitúa al Mundo mundano frente a la Discreción que es comedida virtud de sapiencia. Y El le dice a Ella:

"...No te puedo quitar las buenas obras."

De suerte que la sapiencia, según entrevemos, no sería tan sólo aquella conciencia reflexiva de la duda, que pudiera ser inerte, sino además las buenas obras discretas, las buenas palabras, y alguna vez los buenos silencios.

"Defíname lo que es una obra buena", nos dirá imperativamente el unívoco, con su *esprit de géometrie*. Y Calderón, con su *esprit de finesse*, podría darle una respuesta parabólica:

"Entre el ver padecer y el padecer no hay distancia."

Y si el otro no lo entiende, tanto peor para él. Son muchos quienes no lo entienden. Corneille, que es un poeta geométrico, dice en una de sus *Estancias a la Marquesa*:

"*Le même cours des planètes règle nos jours et nos nuits.*"

Como no se trate de astrología, esto significaría que existe una única ley para lo humano y para lo no humano. Spinoza creía lo mismo; lo cual no es de

extrañar, porque Corneille es Spinoza en verso. Pero sin duda, la Marquesa no estaría convencida de que la mecánica celeste se entrometa en lo que hacemos de día, y en lo que hacemos de noche; pues ella apreciaría el sentido que tiene esa aberración lógica que consiste en decir sí y no al mismo tiempo, lo cual forma parte también de la dialéctica humana.

VII

Pero he dicho antes que si estas cosas no las entienden los unívocos, tanto peor para ellos. Tanto peor para nosotros, también. Pues ¿a dónde vamos a dar?, ¿qué mundo nos prepararan los rectilíneos inflexibles, los dogmáticos e intolerantes, los seguros, los maquinistas? Pero no ellos, porque esto es un decir, sino las fuerzas mayores que a ellos mismos los habrán de avasallar. ¿Qué podemos hacer, después de atisbar el peligro, para detener la uniformidad?

Francamente, no lo sé. Yo no soy más que un filósofo. No hago vaticinios. No produzco fórmulas *ad hoc*, como la industria o la política. Este oficio no requiere vocación ni temple de apóstol. La tarea es pensar, y enseñar a pensar; el deber es hacerse libre, y ayudar a ser libres a quienes se dignen escuchar. No debo, ni puedo, ni quiero emprender una especie de cruzada humanística, que me diera relumbrón a mí, y a los demás escaso provecho. Hay un camino para cuantos han meditado seria y desinteresadamente sobre lo que representó la filosofía en el curso de la historia, y sobre la forma de ser hombre que ella ha ido modelando en ese curso. Este es el camino de lo razonable. La vocación filosófica nos sitúa, cuando es fiel, en la posición del mediador, del pacificador. Pero no por una elección deliberada, por una inclinación personal hacia ese término medio que se antoja temperado, entre los dos extremos virulentos que debieran llegar a componenda, sino naturalmente, casi sin advertirlo. Esta posición resalta más cuando es más ineficaz: en épocas desaforadas, como la nuestra, la violencia ambiente nos hace a todos iguales. Si es la fuerza la que define el Derecho, hay escasa diferencia entre quien impone la violencia y quien la sufre.

Así fue la época de Erasmo, hombre razonable entre desatinados, a quien recuerdo porque nació hace precisamente medio milenio. Es cierto que Erasmo evadía los riesgos demasiado pronunciados; tal vez porque no tenía dudas, como nosotros, respecto del porvenir de la filosofía y las humanidades, y el refugiarse en ellas no le parecía una evasión. Pero no es por esto que podemos decir que fracasó: fue por pacífico. Una muestra de su fracaso se encuentra en las palabras de Erasmo que muchos renovadores repiten hoy, sin recordar quién las había dicho, en aquella otra época de reforma. ¿Cabe mayor fracaso?

No nos queda siquiera el consuelo de retirarnos a trabajar en paz, porque el estrépito del mundo persigue a los refugiados; y además la suspicacia ajena. Y es que, en el fondo, el pacífico razonable es peligroso. Recordad: Sócrates era un fracasado. Pensando en él, me diera por satisfecho si cada vez que hablo logro infundir alguna pequeña duda en mis oyentes. Aunque los reflexivos sean pocos, por ellos estamos seguros de que el espíritu de Sócrates no está muerto todavía, no del todo. Que viva, pues, el fracaso.